

## Palomares: No hay secuelas radiactivas al cumplirse el XX aniversario de las bombas

### La llegada del turismo ha hecho olvidar el accidente

Almería. Merlin Navarrete

El día "D" y la hora "H", para la tranquila población de Palomares, situada en el sureste peninsular, a cien kilómetros de Almería y a unos ciento veinte de Murcia, fue el 17 de enero de 1966, a las 10,20 de la mañana. Un "B-52" perteneciente al Ala 68 de la base Seymour Johnson (Carolina del Norte), y un "KC-135", nodriza, del escuadrón de aprovisionamiento de la base de Bergstrom (Texas), estacionado en Morón, se incendiaron mientras efectuaban la operación de repostar a 9.500 metros de altura. Sus restos cayeron diseminados sobre un diámetro de más de diez kilómetros en esta pequeña aldea del municipio almeriense de Cuevas del Almanzora. El "B-52", en vuelo de alerta permanente sobre el Mediterráneo, el Atlántico y el Pacífico, con cuatro bombas de hidrógeno —cada una con un poder destructivo de 1,5 megatonas—, realizaba la misma operación diariamente desde 1953, año en el que los Gobiernos de Estados Unidos y España firmaron sus primeros acuerdos militares.

En el siniestro perecieron siete de los once tripulantes de los dos aviones. Sus cuerpos caerían mezclados con los artefactos atómicos, supervivientes y fragmentos de fuselajes, sin que se registrara una sola víctima entre la sorprendida población. Tres de las bombas fueron localizadas en tierra. La cuarta, perdida en el mar, no sería recuperada hasta unos tres meses más tarde —concretamente, el día 7 de abril, a las ocho y cuarenta horas de la mañana—, tras una intensa y minuciosa búsqueda, en la que el «cofite» marinero de un pescador tarraconense, afincado en Aguilas, Francisco Simó Orts, que ya sería conocido en adelante por «Paco el de la bomba», superó a sistemas de inmersión entonces tan avanzados como los batiscafos «Alvíra» y «Aluminaut».

#### EL PRESTIGIO USA EN JUEGO

Aunque el riesgo de la explosión atómica estuviera descartado, gracias a las importantes medidas de seguridad que suelen regir en estos vuelos, la radiactividad suponía una seria amenaza para la población en general y, de manera especial, para las personas de la comarca que, ajenas a la naturaleza de los materiales caídos del cielo, estuvieron en contacto durante las primeras horas con los tres artefactos localizados en tierra, y en los que a consecuencia de la fuerte coacción, se produjeron algunas fisuras, por las que manaba plutonio radiactivo.

En este sentido, se hallaba en juego el prestigio estadounidense, que no podía dejar expuesto a la contaminación un territorio extranjero. Por ello, los trabajos de limpieza y rescate fueron simultáneos. Cientos de soldados USA, dotados con detectores, «peinaron» todos los campos de Palomares. Las cosechas de tomates extratempranos que constituían la principal riqueza de la zona, fueron arrancadas y quemadas, y más de mil cien toneladas de tierra contaminada, en 4.479 bidones azules precintados y cerrados herméticamente, fueron embarcadas para ser depositadas en un cementerio atómico del desierto de Texas.

En el mar, mientras tanto, se hacía lo imposible para rescatar la bomba número cuatro, que se hallaba envuelta entre

los cordajes de un paracaídas, colgada en una sima a 75 metros de profundidad. Para atajar la psicosis de radiactividad marina, cada vez más extendida —los pescadores de Garrucha y Aguilas habían dejado de vender el producto de sus pesquerías— el embajador de Estados Unidos, mister Biddle Duke, y el entonces ministro español de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, se dieron un baño protocolario en aguas de la bahía.

#### SEGUN LA JEN, NO HAY RADIATIVIDAD

Veinte años después, la pesadilla «de película» ha dado lo que podrían ser sus últimos coletazos. Tras las reivindicaciones de un sector del vecindario, basadas en la presunta contaminación de la zona, el caso parece haberse cerrado con la reciente entrega de los historiales clínicos a los vecinos de Palomares que se han desplazado a Madrid durante estos dos decenios para ser reconocidos por los médicos de la Junta de Energía Nuclear. El subdirector general de este organismo, Alberto Rodrigo, y el director del Instituto de Protección Radiológica y Medio Ambiente, Francisco Mingot, que se desplazaron a Palomares a principios de pasado mes de noviembre para proceder a la entrega de los citados historiales, garantizaron a los habitantes de la zona la ausencia de radiactividad y la continuidad de los reconocimientos periódicos a las personas que los desean.

Según el informe redactado por la Junta de Energía Nuclear, «desde el año 1966 se ha llevado a cabo un programa de vigilancia radiológica de la zona y de control de personal, con objeto de conocer y seguir la evolución del riesgo. En este programa, hasta la fecha se han analizado 2.160 muestras del suelo, se han tomado medidas diarias del aire en varios puntos, se han analizado la vegetación cultivada y silvestre y se han realizado 1.270 reconocimientos médicos a 570 personas completándose con exploraciones realizadas en el hospital clínico y por diversos médicos especialistas».

Los resultados de estos estudios, relacionados con la legislación vigente y con la radiactividad natural existente, han permitido llegar a la conclusión, según

## ● Tres de las cuatro bombas caídas fueron localizadas en tierra

se indica en el Informe de la JEN, de que «en el aire de Palomares, el contenido medio de plutonio es cien veces inferior a la concentración límite establecida por la legislación española», y que «la contaminación de los productos de la zona es una cuantía tal que, para que una persona alcance una dosis de radiactividad igual al límite de incorporación anual establecido en la citada legislación, debería ingerir al año 7.200 toneladas de tomates, 800 toneladas de higos, etcétera». Por último, la Junta señala que «la dosis media de radiación en la población, debida a la contaminación, equivale al tres por ciento de la que recibe del medio natural en que viven».

Aunque estas conclusiones ya se esperaban, en determinados sectores se considera que el tema de la posible radiactividad ha sido utilizado durante el pasado año para hacer efectivas nuevas reclamaciones de indemnización al Gobierno de los Estados Unidos. Reclamaciones que expiraban a los veinte años del siniestro. La propia alcaldesa de Palomares, Antonia Flores, se pronunciaba en este sentido, hace unos meses, cuando declaraba: «Personalmente, creo que las indemnizaciones que se dieron en aquellos años no fueron legales, y aprovechando la aclaración sobre el estado de salud real de los vecinos, aclararemos también si el Gobierno norteamericano debe pagar o no una indemnización real por los daños ocasionados en aquel accidente».

#### PALOMARES, HOY

Palomares conserva sus casas desperdigadas y blancas, abiertas a la bahía de Vera. Pero ha mejorado su infraestructura viaria desde aquel 17 de enero. Una moderna carretera pasa sobre el solar donde estuvo instalado el «Campamento Wilson», durante la operación «lecha rota», y cruza, paralela a la costa, entre cultivos de invernadero y campos sembrados de tomates y algodón. El problema del agua, que ha sido una constante de la comarca, parece resuelto de momento, tras las recientes lluvias y muy pronto lo estará definitivamente con la entrada en servicio del pantano del Almanzora, que se realiza unos kilómetros río arriba, por encima de cuevas.

Por otra parte, las instalaciones turísticas, en forma de urbanizaciones, camping y apartamentos, se acercan cada vez más a las playas de Palomares, prácticamente solitarias hasta hace unos diez años. La agricultura y el turismo son, hoy por hoy, los dos principales recursos económicos, con que cuentan los palomarense. Las cuatro bombas de hidrógeno y los rumores de radiactividad, para muchos, son ya parte de ese episodio casi de ciencia ficción, que sirvió hace dos decenios para lanzar el nombre de esta pequeña población a la rosa de los vientos.